

expectativa o de pasiva hostilidad (Gay, 1999: 19, y véase también 188; el destacado me pertenece).<sup>7</sup>

En otras palabras, la reacción antiperonista fue una condición para el surgimiento del peronismo. No puede comprenderse el origen del peronismo sin esta dimensión relacional. Y, del mismo modo, en las transformaciones posteriores del peronismo ha sido constitutiva esa dimensión relacional con “lo otro”, el antiperonismo.

### Los invisibles en las calles

El diario antiperonista *Crítica* anunció la detención de Perón con el titular: “Ya no constituye un peligro para el país”. Aquello que tanto alivio llevaba a los “democráticos” era interpretado de modo muy distinto por los trabajadores. Cipriano Reyes, dirigente del numeroso gremio de la carne, afirma que los líderes sindicales debieron contener a las bases para que no se lanzaran a la huelga general antes del fin de semana del 13 y 14 de octubre (Reyes, 1984: 214). Como se relató en el capítulo 1, el 15 comenzaron huelgas y movilizaciones en Tucumán, Rosario y Berisso.

Y llegó el 17, el día en que, como señala Sigal, “Buenos Aires cambió de dueño” (Sigal, 2006: 277). En el contexto de la improvisación de su discurso de aquella noche ante una Plaza de Mayo desbordada, Perón propuso una categorización de los participantes en la primera palabra de su discurso: “¡Trabajadores!”. Si bien ese término puede parecer obvio, veremos que los peronistas apelarían a diferentes categorías, con distintos matices de significado, para denominar a sus seguidores. Sin embargo, para poder comprender esas connotaciones, antes debemos considerar las reacciones de la oposición.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Como señala Acha, “la idea de Estado como agente unitario es una construcción histórica y es reciente; no es una categoría del entendimiento. Para los sectores populares sólo comenzó a ser inteligible en el nivel nacional con el primer peronismo” (2004: 202). Esta tesis permite comprender el 17 de octubre como una reacción ante la evidencia de que ese Estado, que recién aparecía en las vidas cotidianas de los trabajadores, podía volver a evaporarse.

<sup>8</sup> Para relatos y análisis de los sucesos del 17 de octubre, véanse Gambini (1971), Torre (1995a), Senén González y Lerman (2005).

Los porteños —esa sociedad establecida y orgullosa de habitar una ciudad cosmopolita, blanca y europea— percibieron la presencia de esos grupos y columnas en las calles de la ciudad con la extrañeza de lo desconocido. Estupor, vergüenza, desprecio, indignación, compasión, desinterés, tristeza, temor son algunas de las emociones que manifestaron. Esa afluencia de personas significaba, por decir lo menos, una ruptura total de la cotidianidad. Se trataba de algo insólito. La multitud real chocó con la imaginación instituida.

Con esa “invasión” se abrió un problema que, con distintas intensidades, se prolongaría por años: estalló el régimen de clasificaciones sociales y las viejas categorías debieron reemplazarse por otras. Una dimensión de la nueva disputa política sería una lucha por los modos de nominación de los protagonistas.

Los habitantes de Buenos Aires observaban a los manifestantes “con la misma aprensión con que verían a los *marcianos*” (Luna, 1971: 271; el destacado me pertenece). Martínez Estrada escribió en 1956 que

el 17 de octubre Perón volcó a las calles céntricas de Buenos Aires un sedimento social que nadie habría reconocido. Parecía una *invasión de gentes de otro país*, hablando otro idioma; vistiendo trajes exóticos y, sin embargo, era parte del pueblo argentino. [...] Sentimos escalofríos viéndolos desfilan en una verdadera horda silenciosa con carteles que amenazaban con tomarse una revancha terrible (Martínez Estrada, 2005: 55-56; el destacado me pertenece).

¿Cómo clasificar a los marcianos o a los extranjeros? Desde el día anterior, el diario *Crítica* utilizó denominaciones políticas en oposición a categorías sociales: “Trataron de desfilan los elementos ‘peronistas’”, “Todos ellos ‘hombres guapos’”, “En franco tren de provocar incidencias y dirimir las a balazos” (*Crítica*, 16/10/1945), “Peronistas armados impidieron la entrada al trabajo, esta mañana, a los obreros de la carne. Tratarán de ganar el centro de la ciudad” (*Crítica*, 16/10/1945). También el propio 17, el diario *El Mundo* difundía: “Elementos adictos al exvicepresidente de la República intentaron poner en práctica un plan de perturbación del orden [...] la anunciada huelga ha hallado escaso eco entre los trabajadores” (*El Mundo*, 17/10/1945). En la tarde de ese día *Crítica* afirmaba que

el anunciado movimiento popular de los peronistas ha fracasado estrepitosamente, en un ridículo de extraordinarias proporciones. Las multitudinarias e imponentes columnas [...] se han trocado en grupos dispersos que recorren las calles con paso cansino.

Son "grupos aislados que no representan al auténtico proletariado argentino" (*Crítica*, 17/10/1945). Así, el término "peronista" en esos artículos periodísticos se opone a "trabajadores", a "obreros de la carne" y a "población".

### Alteridad e inestabilidad categorial

Ante un fenómeno inédito, se abrió un período de inestabilidad categorial, en el cual distintos oradores y articulistas buscaron palabras para describir los hechos. Dada la explosión del régimen de categorías de identificación, buena parte de lo que describiremos inicialmente tenía una pretensión "restauradora" del régimen anterior.

En diarios, periódicos y discursos abundan términos como "hordas", "turbas", "masas", "*lumpenproletariat*", "malevaje", "malón", "chusma", "obreros", "descamisados", "negros", "alpargatas" o "tribu". Muchas de estas expresiones tenían una larga tradición, pero otras fueron inventadas ante el proceso de confrontación que se agudizó en 1945. Las categorías utilizadas por los antiperonistas intentaron con distintos énfasis mostrar que eso era lo contrario del pueblo, de los "auténticos obreros". Son denominaciones despreciativas, que combinan las denuncias de los "adictos" y otras referencias explícitamente políticas con nociones clasistas y racistas. La palabra "cabecita negra" nunca se escribe como forma denigratoria: tiene toda su potencia en la oralidad.

El tradicional diario *La Nación* fue modificando los modos de nominación. Así, el 18 de octubre (en el artículo de tapa) afirma que "grupos de obreros" se manifestaron en apoyo al coronel Perón y queriendo hacer "oír sus gritos" afectaron la "vida de la urbe". Pero por más disruptivo que pueda haber sido su comportamiento se trató de "la concentración y el paso de obreros que se dirigían al centro y la Plaza de Mayo". "La concentración obrera", insisten, ha cambiado el panorama político. Una "multitud" afluyó a Plaza de Mayo. La espera "no desalentó a la gente reunida". El diario critica las acciones: "comisiones de obreros" exigieron el cierre de los comercios, lanzaron pedradas contra el diario *El Día* (de La Plata), hicieron piquetes

que impidieron el acceso de los "timoratos". En Berisso "desde hace dos días se estuvo preparando el ambiente popular, en su mayoría obreros", "personas vinculadas de una u otra manera al trabajo de los frigoríficos". Es decir, estos artículos refieren a los manifestantes como trabajadores, algunos o muchos de los cuales se comportaron de modo inapropiado.

En cambio, pocos días después, el editorial de *La Nación* alude al "insólito y vergonzoso espectáculo de los grupos que se adueñaron durante un día de la Plaza de Mayo, el asalto a diarios en varias partes del país, el ataque a residencias particulares y el saqueo de varios comercios". Ahora, esos grupos han dejado de ser obreros. En este editorial, no son nada. Los "obreros" están mencionados en el texto como parte de los grupos ciudadanos que se manifestaron a favor de la democracia, en alusión a los muy pocos sindicatos dirigidos por socialistas y comunistas que se habían opuesto a la movilización y las huelgas del 17 y 18 de octubre. El artículo insiste en que Perón quebró la tradicional política de conciliación de clases, al intentar inculcar la idea a los trabajadores de que las "fuerzas vivas" los explotaban, para lanzar su candidatura presidencial (*La Nación*, 21/10/1945).

Es decir, en la crónica de *La Nación* del 18 de octubre predominaba la sorpresa o estupefacción, pero no había calificaciones sobre los manifestantes, aunque sí sobre el comportamiento de algunos involucrados: la pasividad de la policía, las acciones que obligaron a cerrar talleres o comercios, los cánticos agresivos, el acampe de gente en Plaza de Mayo a la espera de que terminara la huelga general, el ataque a autoridades universitarias, la presencia de jóvenes, niños y niñas. En cambio, su editorial posterior enmarca estos acontecimientos en una historia argentina de lucha contra "la barbarie" apelando a la matriz de interpretación elaborada por Sarmiento a mediados del siglo XIX.

Hacia fin de mes, *La Nación* publicó una larga lista de declaraciones, desde universitarias y sindicales hasta profesionales y políticas, en las cuales se insistía con que quienes se manifestaron en esos días no eran "auténticos obreros", "auténticos patriotas", "auténticos trabajadores". Quedaba claro lo que no eran, pero no cómo iban a designar ahora a aquellos que antes habían sido denominados "obreros".

Con el correr de los días, estas declaraciones de grupos vinculados a la Unión Democrática ofrecieron interpretaciones que ni siquiera registran a los manifestantes dentro de categorización alguna; para ellos no son nada. Se trata de una rotunda denegación de reconocimiento.

En todo caso serían empleados a sueldo, pequeños grupos de clientelismo o incluso policías. Todo lo cual se resumiría de allí en más con una palabra para leer en clave: eran peronistas. Ese término, lejos de describir a los adherentes a Perón, tendrá siempre, en cada contexto, una recarga, un espesor semiótico.

El diario *La Capital* de Rosario describió de esta manera a los participantes de las movilizaciones: "La mayoría del público que desfiló en las más diversas columnas por las calles lo hacía en mangas de camisa" (*La Capital*, 19/10/1945). ¿Cómo nominar a esa gente? ¿"Público"? El aspecto a destacar era que no llevaban saco, "sólo" llevaban camisa. Y seguía:

Vióse a hombres vestidos de gauchos y a mujeres de paisanas [...] muchachos que transformaron las avenidas y plazas en pistas de patinaje, y hombres y mujeres vestidos estrafalariamente, portando retratos de Perón, con flores y escarapelas prendidas en su ropas, y afiches y carteles.

La alteridad, escurridiza, es señalada sobre la base de rasgos de la vestimenta: estaban en mangas de camisa, "vestidos estrafalariamente". El autor de este artículo, el día anterior, había hecho una referencia similar al mencionar a "los numerosos hombres, mujeres y niños exóticamente vestidos que bailaban por las calles" (*La Capital*, 18/10/1945). El clima festivo es contundente e incluso revela cierta preparación: carteles, retratos, flores, escarapelas.

En contraste, la escritora Delfina Bunge de Gálvez publica un artículo en *El Pueblo* el 25 de octubre en el que utiliza el término "desharrapado". Intentando conmovier a los cristianos con ese "pueblo pacífico" que salió a las calles, dice:

Jesús debió efectuar su milagro a favor de turbas semejantes a estas, de "desharrapados"... (Y de paso: es incomprensible este reproche que se les aplica: si son "desharrapados", culpa será de los exiguos sueldos que no les dan para más).<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Luego Bunge de Gálvez y su marido, Manuel Gálvez, integraron la minoritaria lista de intelectuales peronistas.

Así, en esta visión católica pietista, la distancia no es adjudicada a una naturaleza de los pobres, sino a una responsabilidad de los más acomodados.

Los titulares del periódico socialista *La Vanguardia* del 23 de octubre son elocuentes: "Candombe blanco" y "El saldo del Malón". Además, esas alusiones aparecen contrapuestas a la actitud de los socialistas, los "auténticos trabajadores", el "coraje civil" o "los verdaderos hombres de trabajo".<sup>10</sup> La matriz interpretativa en estos casos es claramente sarmientina. El dirigente socialista que la enuncia y que seguirá a la cabeza de su partido por años es Américo Ghioldi. Durante mucho tiempo, dice, creyeron que en la cruenta lucha entre civilización y barbarie la Argentina ya no estaba entre las "republiquetas south americanas", modo en que los "pueblos cultos de la tierra" califican a las turbulentas sociedades latinoamericanas. "Ahora", continúa, "avergonzados, disminuidos y entristecidos hemos descubierto que había un fondo de primitividad y miseria listo para ser utilizado por caudillos militares". Ghioldi pone énfasis en el lugar desde el cual interpreta los acontecimientos: desde la civilización y los pueblos cultos del planeta. Además, pone en evidencia algo que muchos han pasado por alto: el componente de emocionalidad constitutivo de este punto de vista. Ghioldi se siente avergonzado y triste. Borges diría después que ante esos sucesos se sintió "avergonzado e indignado" (declaraciones a la revista *Che*, 18/10/1960).

Bajo el título "Candombe blanco", otro artículo compara al dictador Rosas con Perón y a las masas de 1845 con las de 1945. Se describen "las desoladoras jornadas" como "saturnales a la criolla" y "festividades de tipo rosista". Porque Rosas había movilizado a la "masa doliente que negreaba sus coros en candombes" y protegía a "unos pocos negros", de "barrios orilleros", que un día "se pasearon por las calles de Buenos Aires, ebrios de entusiasmo, precedidos de sus candombes y marimbas". El 17 y 18 de octubre "hemos tenido en Buenos Aires visiones de candombes. Sólo el color estaba ausente". Y el artículo remataba agudamente: "Ese candombe blanco tenía de clase

<sup>10</sup> Expresiones presentes en tres titulares: "Los auténticos trabajadores condenan los bochornosos sucesos de la semana pasada", "Frente al pistolero, levataremos nuestro coraje civil", y "Los verdaderos hombres de trabajo inclinaban la cabeza, avergonzados".

obrero argentina en 1945, lo que en 1845 tenía de pueblo porteño el candombe negro. Es decir, nada”.

La figura de “candombe blanco” afirma el carácter blanco de una movilización de alma negra. La idea de que había algo “blanco” allí mostraría ser altamente perecedera. Mientras tanto, “criollo”, “negro” o “candombe” ya portaban significados sedimentados, sólo que ahora se dirigirían contra el peronismo. En las semanas siguientes este lenguaje iría ampliándose y propagándose. Por ejemplo, en un artículo titulado “Ha llegado la hora de combatir”, *La Vanguardia* sostiene que Perón

creó la conciencia de lucha en un conglomerado amorfo que hoy, como en la época de Rosas, aspira a ocupar posiciones que nosotros debemos defender, no para nosotros, pero sí para aquellos a quienes el pueblo mande a ocuparlas. Cuando la muchedumbre amorfa y descamisada gritaba en las calles “Alpargatas sí, libro no”, comprendimos que su triunfo, si llegase, habría de terminar con la civilización para restaurar la barbarie (*La Vanguardia*, 30/10/1945).

Por su parte, *Orientación* —publicado por el Partido Comunista—, en la misma línea, refería a comparaciones con Rosas así como expresaba frustración y desencanto por una sociedad que no era tan civilizada como se creía. *Orientación* refiere a “pequeños sectores” engañados, “en especial a jóvenes y mujeres recientemente incorporados a la producción y del interior”, “sin conciencia de clase”, “los insignificantes, los desclasados, los traidores de siempre”. También los califica como “hordas de desclasados” y “pequeños clanes con aspecto de murga”. Un manifiesto del PC del 21 de octubre ya había anticipado esta visión estigmatizante: sostenía que el “nazifascismo” se apoyaba sobre un “malón”, que representaba un “peronismo bárbaro”. Desde su perspectiva, el “malevaje peronista” se arrojó “contra la población indefensa”. Así, a través de los campos semánticos sarmientinos nomina quiénes eran estos protagonistas, incluidas las referencias a la época de Rosas (véase Correa, 2013).

La idea de que se trataba de “sectores engañados”, de que Perón habría sembrado “confusionismo obrero”, presente en panfletos y declaraciones, implica un mínimo reconocimiento de que sí había trabajadores. Ambos semanarios citan palabras de dirigentes sindicales para ilustrar uno de los problemas centrales:

la torpe oposición de algunos industriales o terratenientes a conceder favorablemente pedidos formulados por las organizaciones obreras [es] caldo de cultivo para la agitación frenéticamente demagógica del peronismo (*La Vanguardia*, 23/10/1945).

“Si Perón contó con algún aporte obrero en sus actos últimos se debió a la actitud cerril de esos patronos a pagar los jornales del 12 de octubre. La demagogia peroniana se veía así facilitada” (*Orientación*, 24/10/1945). Es decir, en contraste con otros artículos, estos admiten que quizás haya habido algunos obreros. Sin embargo, ese tímido reconocimiento no mitiga la “denuncia” denigratoria sobre los manifestantes. Este inestable diagnóstico se decidirá pronto a favor de quienes creían en la total ausencia obrera.

La cuestión racial del malón y la barbarie también estaba presente en la postura de Ghioldi y del Partido Socialista: “En los bajos y entresijos de la sociedad hay acumulada miseria, dolor, ignorancia, *indigencia más mental que física*” (*La Vanguardia*, 23/10/1945; el destacado me pertenece). Eso caracterizaba al lumpenproletariado que según su interpretación había protagonizado la jornada. De este modo, la inestabilidad categorial se va resolviendo a partir de nociones que intersectan clase, etnicidad y racialidad. En algunos casos también la dimensión del género entraba en juego, ya que la presencia contundente de mujeres era otro motivo de escándalo.

La importancia de las interpretaciones del socialismo y el comunismo trascendían a sus propios lectores. En distintos diarios puede encontrarse un impacto explícito de este relato en la búsqueda de dar sentido a los inéditos acontecimientos.

### Tres perspectivas para un modo de mirar

La habitual frase acerca de lo difícil que es comprender el peronismo debe extenderse al antiperonismo: la unión de la derecha y los poderes económicos con la izquierda reformista y prosoviética. En el esfuerzo por entender la génesis del antiperonismo podremos constatar una de las tesis de este libro: el peronismo nació y se configuró como un espejo invertido del antiperonismo. Este último cumplió un papel decisivo en los orígenes de esa identificación política: sin el antiperonismo realmente existente, no habría sido posible el peronismo tal como lo hemos conocido.

La postura antiperonista surge en 1945 a partir de la combinación de tres perspectivas: la tradición antifascista, el enfoque patronal, y la concepción sarmientina de civilización y barbarie con sus implicancias racializantes.

El antifascismo en la Argentina se origina a mediados de los años veinte y deviene en “un conjunto de afectividades ideológicas convergentes” (Pasolini, 2006: 47). Toda limitación de la libertad era considerada una actitud fascista o protofascista. El ascenso del peronismo, contemporáneo de las postrimerías de la guerra, apareció como la concreción más evidente de las alarmas que hacía años se habían encendido. Varios aspectos biográficos y políticos de Perón coadyuvaban a esa visión, como el hecho de que había estado en Italia en 1939-1940, su carrera militar, la presencia de los nacionalistas en el gobierno de 1943 o su anticomunismo.

No se trataba de una alucinación. El antisemitismo y los proyectos fascistas no eran fenómenos sólo europeos y cuando asumió el gobierno militar en junio de 1943 clausuró la publicación *Argentina Libre*, así como la institución cultural dirigida por comunistas argentinos, y fueron encarcelados intelectuales y políticos. Varios pensadores de la derecha nacionalista, como Martínez Zuviría, se incorporaron a reparticiones gubernamentales, al tiempo que se impulsaba una severa censura en todo el país. Cuando intelectuales y políticos publicaron un manifiesto para exigir “democracia efectiva”, el gobierno los destituyó de sus puestos; entre ellos estaban Bernardo Houssay, Américo Ghioldi y Julio Payró. Las universidades públicas fueron objeto de despidos masivos con interventores nacionalistas. A fines de 1943, se abolieron los partidos políticos y se decretó la enseñanza católica obligatoria en las escuelas.

Sumados a la neutralidad argentina en la guerra, estos hechos constituyeron “el lente a través del cual los grupos autoproclamados liberales y democráticos interpretaron el surgimiento de Perón y su movimiento” (Nállim, 2006: 94). Esa lectura

ciertamente simplificaba las tensiones y disputas internas en el gobierno militar, los cambios que sufrió a lo largo de su existencia entre 1943 y 1946, y los motivos profundos del fenómeno peronista (2006: 94).

La publicación *...Antinazi* identificó la democracia política con la libertad económica. Por eso, condenaba al gobierno por sus políti-

cas sociales, a las que veía como una dañina intervención del Estado en la economía vinculada a una actitud demagógica de corte fascista (Nállim, 2006). Ante la adhesión sindical debatían si se trataba de demagogia o cooptación. En concordancia con estas posturas, en julio apoyaron el manifiesto de las “fuerzas vivas” contra la política social del gobierno. Además, aludían al “principio nazi del capitalismo dirigido” a través del cual se engaña al pueblo y se “somete a obediencia [...] al capitalista, al miembro del consorcio, al gran propietario, al gran industrial, al dueño de la empresa creadora de riqueza” (cit. en Nállim, 2006: 97). Para *...Antinazi*, la disyuntiva electoral era “ciudadanía o candombe”, dilema con resonancia de escisión étnico-racial (*...Antinazi*, n° 35, 25/10/1945; n° 52, 21/02/1946; véase Adamovsky, 2010). Fueron ese liberalismo económico y ese eurocentrismo las dimensiones que permitieron encontrar una congruencia con la perspectiva patronal.

Sobre esta última, la mejor descripción que puede hacerse es que los integrantes de este grupo estaban “más ávidos de preservar sus privilegios que de avanzar sus intereses económicos. Así vemos que los empresarios se resisten a la legislación social y a la negociación salarial” (Torre, 2012: 170). La frase de Torre es sumamente interesante, porque contrapone los privilegios a los intereses económicos. Llevada a sus últimas consecuencias, esta afirmación abre la posibilidad a lo impensable: la irracionalidad, lejos de corresponder axiomáticamente a los sectores populares, podría haber estado presente en los sectores dominantes. Su resentimiento ante el desafío a sus privilegios jerárquicos les impidió defender racionalmente sus intereses. Ya hemos señalado el papel protagónico de los sentimientos en esa configuración. Así, la sociedad establecida, al advertir que su propio Estado ya no la protegía como antaño, al percibir un proceso de autonomización, devino un sector (o una masa) “en disponibilidad”. Para este sector, la acusación al gobierno de nazi fascista es el modo histórico peculiar que toda aquella indignación adquiere en el contexto del final de la guerra (véase Campione, 2003). En otras palabras, cuestiones como la “irracionalidad” o la emocionalidad en general mencionadas en relación con el surgimiento del peronismo tienen un papel crucial en los orígenes del antiperonismo.

La tercera perspectiva que se va a combinar con el antifascismo y la posición patronal es la matriz sarmientina de civilización y barbarie (Svampa, 2006: 315-317). Se trata de una visión jerárquica, clasista y racista. El imaginario europeísta y blanco que dominaba Buenos Aires

en 1945 desconocía la existencia de esa la población que habitaba en la periferia urbana y más allá. O, si se topaba con ella en situaciones laborales o de empleo doméstico, el sentido común jerárquico, clasista y racista tornaba inviable cualquier problematización de la igualdad. Es sabido que la "igualdad" bien puede ser un valor deseado y promovido "entre iguales" (entre quienes se consideran iguales a uno), y excluir a sectores completos de la población, incluso a grandes mayorías.

Todavía no ha sido suficientemente expuesto y aceptado el papel constitutivo del racismo en la política argentina. Las calificaciones de los socialistas a los trabajadores que adhirieron al peronismo no sólo obedecieron a una reacción visceral. El mítico fundador del partido, Juan B. Justo, había afirmado:

Y así como en la época de las continuas convulsiones internas, el trabajo manual del inmigrado era el más regular y seguro, pues no se requerían sus brazos para la guerra, en la época más tranquila que le sucedía, la cabeza del obrero extranjero era la más despejada y activa en la elaboración popular de ideas políticas, libre como estaba de los abyectos atractivos y torpes sugerencias de la política criolla ("Socialismo", *La Vanguardia*, 1920, p. 102).

Un cuarto de siglo más tarde, Américo Ghioldi cita esta frase y explica en un curso publicado las transformaciones que ha implicado la inmigración después de la batalla de Caseros en 1852:

La composición étnica ha variado fundamentalmente con relación a la época colonial, en la cual predominaban los indios, negros, mulatos y mestizos sobre los blancos europeos. Las razas mestizas dominaron por su gran número durante gran trecho de la historia argentina y por fin, gracias a la inmigración europea de la última mitad del siglo pasado, la raza blanca triunfa sobre los indios, negros, mestizos y mulatos. Las consecuencias múltiples que derivan de estas constancias son inmensas en todos los órdenes del progreso, de las costumbres, de la cultura y de la civilización (Ghioldi, 1946: 20).

Ghioldi reivindica el "gobernar es poblar" de Alberdi, y aclara que para el padre fundador se trataba de "poblar con europeos" (1946: 21).

A continuación lamenta que, a diferencia de los Estados Unidos, la Argentina no haya sido selectiva con la inmigración europea.

Como publicación especial del partido en 1946, este no es un mero momento de enojo o un desliz. Estamos ante un curso y una "teoría". Esa teoría muestra que el problema mayor del Partido Socialista no eran Perón y sus características, sino el que se explica por la teoría racial que sustentaba su acción política civilizatoria: un desprecio profundo por las "razas inferiores", una celebración de la raza blanca como símbolo del progreso. Ningún matiz, ninguna pregunta, ninguna invitación a la interacción. Es una concepción absolutamente dicotómica: blanco es civilización y progreso, no blanco (indio, negro, mestizo, mulato) es el pasado y el atraso.

La clase obrera, dice Ghioldi, máximo dirigente socialista, "realiza en el país una actividad propia y autónoma que difiere fundamentalmente de la actitud asumida por los gauchos en su posición instintiva y regresiva"; la clase obrera "no se pone al servicio de ambiciones caudillistas" (1946: 82). Los sucesos políticos de 1945 devienen impensables desde esta matriz y, de hecho, el Partido Socialista ya no volvería a tener peso significativo en el siglo XX.

En 1945, con el nazismo derrotado, las ideas racistas estaban en las antípodas de las ideas democráticas. Entre las paradojas argentinas se encuentra el hecho de que los actores políticos que se organizaban desde hacía años para luchar contra el nazismo eran los que cargaban en sus filas con un racismo que nadie consideraba ni juzgaba como tal. Era una sociedad que no reconocía esa dimensión constitutiva.

Seguida de la irrupción de un fenómeno novedoso que provoca inestabilidad categorial, se revela una tendencia a encontrar nuevos o antiguos términos en función de las perspectivas clasificatorias previas. El antifascismo argentino llegó a su punto máximo cuando la furia los invadió después del 17 de octubre (... *Antinazi*, 25/10/1945; véase Nállim, 2006). La violencia de sus palabras, así como su liberalismo económico, habían convertido el gigantesco movimiento antifascista en una versión muy peculiar: en la Argentina se produjo una "convergencia perversa" (Dagnino, 2004) entre el antifascismo, la perspectiva patronal y la civilizatoria.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Evelina Dagnino propuso la noción de "convergencia perversa" en alusión a la articulación que existió a fines de siglo XX entre una perspectiva supuestamente basada en valores de equidad con la política neoliberal como estrategia de

Las tres perspectivas se conjugaron en una coyuntura política singular. Luego de abandonar su neutralidad con Pearl Harbor, los Estados Unidos reclamaron que todos los gobiernos latinoamericanos hicieran lo mismo. Contra esa posición no sólo se erigían los germanófilos, sino también sectores pro Aliados y los intereses británicos en la Argentina. Después de ser invadida, la Unión Soviética también había abandonado la neutralidad y reclamaba la declaración de la guerra. Por otra parte, en el terreno de la política argentina, Perón iría a competir en la arena electoral con todos los partidos tradicionales que encontraron en la forma de la lucha contra los vencidos en Europa el mejor modo de presentarse a sí mismos.

Una década más tarde, Gino Germani sostuvo que en el surgimiento de los totalitarismos europeos estuvieron presentes en las clases medias dimensiones psicosociales, como la amenaza ante “el sentimiento de prestigio social y jerárquico, y de superioridad nacional y racial” (Germani, 1962: 242). Nuestro argumento es que esto también ocurrió en las clases medias argentinas de 1945 y fue determinante en la constitución del antiperonismo. Es lo que Adamovsky llamó una “reacción jerarquizadora” (Adamovsky, 2010: 276).

### Heterogeneidad de los trabajadores

Un mito histórico domina hasta hoy las explicaciones más habituales sobre el origen del peronismo: la idea de que la industrialización había desatado una gigantesca migración interna, y que esos migrantes constituyeron una nueva clase obrera que fue la base social del peronismo. El autor de este relato fue Gino Germani, que veía en esos nuevos obreros una masa sin tradición política, a diferencia de una vieja clase obrera, europea o descendiente de europeos que sí la tenía.

Antes de mostrar el error de este mito, hay que comprender que en su perdurabilidad contribuyeron también autores peronistas, para quienes esos migrantes, venidos desde el interior y con rasgos indígenas, serían la verdadera Argentina. Así, el diagnóstico de diversos autores acabó siendo compartido (y equivocado), mientras que las valoraciones, por su parte, eran inversas. Vale destacar que uno de los

grandes aciertos de Germani, la temprana distinción entre el peronismo y el fascismo, nunca tuvo la pregnancia en el imaginario social que logró tener esta otra afirmación.

A esta supuesta división étnica y política, numerosos autores contrapusieron una idea de homogeneidad obrera: como clase explotada cuando “culmina un largo ciclo de acumulación sin distribución” (Murmis y Portantiero, 2004: 178), por el papel protagónico de la “vieja guardia sindical” (Torre, 2011, 2012; de otro modo, Del Campo, 1983), por “homogeneización en torno a la condición obrera moderna” (Torre, 2012: 181), por “la relativa homogeneidad racial y étnica de la clase trabajadora argentina” (James, 2010: 25).

Existe un supuesto que sostiene que la unidad o división a nivel político de la clase obrera expresa un fenómeno estructural. Es decir, que una clase estructuralmente más homogénea, sea por condiciones de trabajo, de explotación, de producción o de características étnicas, tenderá a una mayor homogeneidad política. O, según el mismo supuesto, pero a la inversa, que una clase cada vez más heterogénea, por ejemplo por motivos migratorios, tenderá a una mayor heterogeneidad política. Sin embargo, mostraremos que la unificación política de la clase obrera en 1945 se produjo en un contexto de alta heterogeneidad. El temor ante la ofensiva de los sectores patronales parece haber cumplido un papel clave en los acontecimientos que produjeron la unidad identitaria de la clase obrera.

La heterogeneidad obrera en 1945 se percibía en la desigualdad de ingresos —muchas veces ligada a niveles muy diferenciados de calificación, pero también a la diversidad territorial (muy relevante en el país)—, en las diferencias étnicas, los rasgos fenotípicos y los distintos modos de significarlos, en la desigualdad de género, así como en las diferencias de edad o los niveles de sindicalización y de tradición sindical.

En primer lugar, la desigualdad clásica entre trabajadores calificados y no calificados iba en aumento hacia 1945, por la propia heterogeneidad de la industria, de los trabajadores de los servicios más complejos y de otros que vivían en la miseria. Resulta sencillo percibir la distancia entre las condiciones de trabajo de los servicios telefónicos o ferroviarios (con sindicatos antiguos y poderosos) y las de los grandes frigoríficos, por no mencionar la situación de la industria de la caña de azúcar en la provincia de Tucumán. La alusión a los ferroviarios, los obreros de la carne o los trabajadores del azúcar no es caprichosa: se trata de tres sectores que, de distinta manera, tuvieron un papel clave en el surgimiento del peronismo.

En segundo lugar, otra dimensión distintiva de la heterogeneidad presente en la clase obrera era la territorial. En un país de las dimensiones de la Argentina, las variaciones geográficas producen también diversidad laboral. Había grandes distancias entre los trabajadores de la ciudad de Buenos Aires, los quebrachales, el azúcar o la vid. Por ejemplo, en el Chaco convivían extranjeros e indígenas. En las empresas extranjeras coexistía una minoría de trabajadores estables con una mayoría empleada en condiciones de superexplotación. También el guaraní y otras lenguas indígenas eran idioma corriente entre varios grupos de trabajadores (Di Tella, 2003: 115 y ss., 137).

Detengámonos ahora en el punto focal del mito sobre los orígenes del peronismo: el papel de las migraciones. Germani sostenía que el peronismo "fue un movimiento que expresó, sobre todo, a la gran inmigración interna, originaria de áreas todavía tradicionales y compuesta de personas que por primera vez se hallaban en contacto real con la sociedad nacional" (Germani, 1963: 362). Pero hay un detalle que él no explica y es que en 1947 los migrantes internos eran el 17% de la población en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1963: 330). Más de la mitad de esos migrantes provenían de "provincias pampeanas" (Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa) y menos de la mitad del noroeste. Ya en su momento Halperin Donghi (1975) llamó la atención sobre la exageración de Germani. Además, rechazó la sobrevaloración de la migración europea como factor de modernización, y señaló su analfabetismo, su fuerte catolicismo y su tradicionalismo. Investigaciones sucesivas mostraron que no existió una corriente migratoria desde zonas tradicionales aisladas, como la que imaginaba Germani, con capacidad de dar base por sí sola al surgimiento del peronismo. Los datos arrojados por esos estudios indican una diferencia relevante entre los movimientos demográficos y su percepción social y sociológica.<sup>12</sup>

12 Aún en 1999 el Indec difundía información inédita sobre el mismo censo respecto de la movilidad territorial de la población. En 1947, en Capital y el Gran Buenos Aires, entre el 40 y 50% de los argentinos tenían padres argentinos; el resto, padres extranjeros, o uno argentino y otro extranjero. Por lo tanto, el peronismo jamás podría haber triunfado en 1946 sin votos "tocados" por la "migración ultramarina", sea esta "modernizadora" o no. En los barrios populares de la Capital, durante los años 1945-1955 "la nueva población se integró

Otras investigaciones históricas afirman la idea de la heterogeneidad constitutiva de la clase obrera que sostenemos aquí. En el Gran Buenos Aires, "los establecimientos fabriles eran como un mosaico de las diversas culturales provinciales, en especial del centro y norte del país" (Lobato, 2004: 233). "El trabajo de miles de personas se desempeñaba en los espacios del Gran Buenos Aires, cuyo rasgo distintivo era la heterogeneidad" (2004: 234).

Por otra parte, existía una heterogeneidad ideológica y política vinculada a la cultura de la izquierda europea que

se había desarrollado combinando la reflexión política con las prácticas y costumbres de los obreros del viejo continente. Muchos de los valores, el vocabulario, los códigos de conducta y hasta la estética que definía el izquierdismo se habían forjado muy lejos de Argentina (Adamovsky, 2012a: 94).

En el fragmentado universo plebeyo muchos no

conocían o se sentían cómodos con esas pautas venidas de lejos, que a veces se contraponían a hábitos locales muy arraigados. Hubo cierto desfase entre el bajo pueblo real y el ideal del "buen obrero" que algunos tenían en mente (2012a: 94-95).

También podemos preguntarnos hasta qué punto la heterogeneidad política puede organizarse en dos tradiciones, la criolla y la europea, o si es factible no sólo pensar en diferentes tradiciones criollas, sino también en distintas tradiciones europeas, así como en diversas relaciones entre ambas.

La confirmación de la hipótesis de Halperin Donghi respecto del apoyo al peronismo por parte de los migrantes internacionales o de sus hijos ha deconstruido de modo definitivo la dicotomía entre viejos y nuevos trabajadores. En un análisis basado en la reconstrucción de los padrones electorales del Área Metropolitana en 1946, Cantón y Acosta (2013: 43) realizan un aporte decisivo al establecer tendencias en el voto peronista según dimensiones de estratificación social y el carácter migratorio o no de la población. En primer lugar, los autores

matrimonialmente con la preexistente, con una alta proporción de vínculos con extranjeros" (Acha, 2008).

indican que, sobre el total de trabajadores manuales (es decir, clase trabajadora), menos del 20% eran migrantes (cuando Germani suponía que se acercaba a 73%).<sup>13</sup> En segundo lugar, los migrantes “autóctonos”, nacidos en las zonas supuestamente más “atrasadas”, eran sólo el 15,3% del total de los migrantes internos en Capital Federal y el 9,9% en el Conurbano (Cantón y Acosta, 2013: 47). ¿Qué sucedió con el voto en 1946? En Capital Federal, el voto peronista estuvo ligado a los trabajadores manuales, fueran migrantes o no. En el Conurbano, la única variable significativa era la presencia de trabajadores manuales no migrantes.<sup>14</sup> Así, el voto peronista en el Conurbano se compondría de un 8% de migrantes y un 92% de no migrantes y naturalizados.

Entonces, como hemos señalado, la clase trabajadora de 1945 era heterogénea en calificación, derechos, realidad territorial, tradiciones culturales, sentido común, idioma, organizaciones gremiales y perspectivas ideológicas. Ahora bien, ¿hay elementos suficientes para constatar la heterogeneidad de los participantes del 17 de octubre? En las fotografías disponibles (véase Amaral y Botalla, 2010) de aquel día se aprecia una clara multiplicidad de características entre los manifestantes. No aparece ninguna homogeneidad de vestimenta ni fenotípica. Si comparamos esas fotos con las descripciones que se han hecho luego y a lo largo de los años, parece que la participación de un grupo más empobrecido o bien se magnificó o bien no fue fotografiado. Pero en cualquier caso, fue un componente relevante de una multitud en la que también había sectores medios con sacos, corbatas y sombreros.

Tampoco se puede afirmar que existiera homogeneidad fenotípica, ni de zonas de nacimiento, ni de tradiciones sindicales entre los dirigentes sociales de aquel momento. Luis Gay (telefónicos) había nacido en Buenos Aires, al igual que Ángel Perelman (metalúrgicos) y Ángel Borlenghi (comercio). Cipriano Reyes (carne) era oriundo de Lincoln, Juan Bramuglia (abogado de la Unión Ferroviaria) había nacido en Chascomús y María Roldán (carne) en San Martín, provincia de Buenos Aires. Así podríamos seguir con importantes dirigentes de Buenos Aires, Rosario, Tucumán, San Juan y de otras regiones.

13 Véase Germani (1973: 591).

14 Además, el analfabetismo y las zonas rurales del Conurbano presentan correlaciones negativas con el peronismo. Allí se mantuvo un apoyo a partidos tradicionales nucleados en la Unión Democrática.

Los trabajadores que participaron de la movilización del 17 de octubre pertenecían a diferentes ramas de actividad, que abarcaban desde obreros de la carne y metalúrgicos hasta empleados del Estado. Entre los manifestantes identificables a través de testimonios hay migrantes del interior, habitantes del Conurbano y porteños.

La mayoría de las descripciones de aquellos meses hicieron hincapié en lo que resultó más disruptivo y sorprendente: la pobreza, las ropas, los rostros morenos. Los relatos se concentraron en la condena moral de la incultura y el interior, pero poco y nada se dijo sobre los sacos y los sombreros, ni sobre los trabajadores sin ascendencias indígenas.

En la foto más famosa del 17 de octubre se ven manifestantes con sus pies dentro de una de las fuentes de la Plaza de Mayo. Esa acción, que sería denostada como violación de las normas de comportamiento (“Metieron las patas en la fuente”), quedó en la historia como un ícono de rebeldía. Quizá por eso fue poco analizada como muestra de heterogeneidad. Pues en esa misma imagen se ven, además de hombres, mujeres y niños, dos muchachos con traje: se trata de Juan Molina y su hermano, ambos nacidos en la periferia de Buenos Aires, en Caseros, por entonces trabajadores de una fábrica de gaseosas. No eran migrantes, ni internacionales, ni internos. En 1952 Molina fundaría el Sindicato de la Sanidad en Hurlingham, también en el Gran Buenos Aires. En la foto, los hermanos están elegantemente engominados. Un sombrero está apoyado detrás de uno de ellos. A su izquierda, se observa un hombre en camisa y a la derecha a otro en camiseta. Más atrás, otro muchacho con la camisa arremangada y un pañuelo al cuello. Es Amando Ponce, santiagueño, es decir, migrante del noroeste argentino. Trabajaba como cadete en una sastrería militar, a una cuadra de la Plaza. Ese día ambos tenían 17 años, la juventud de la mayoría de los participantes. Quien está sentado con saco más claro, de perfil, es Celso Pivida. Había ido hasta su casa a ponerse el traje para ir al centro. Trabajaba en una empresa lanera, en Avellaneda, y era delegado. Más atrás se ven mujeres y otros hombres, con diversas vestimentas, pero ninguno “desharrapado”. Una sola bandera: la argentina. La heterogeneidad estuvo siempre a la vista de todos, pero a plena luz del día fue arrasada.

La diferencia se fabricó como diferencia de clase, de educación, de estilo y se racializó. Pero quienes pretendían tener algún recato respecto de las ideas raciales (que claramente no eran la mayoría) nada hicieron para enfrentar esa racialización. Apenas se animaron a resignificarla trastocando la diferencia “negra” en “rural”, “étnica”,

o “de culturas políticas”.<sup>15</sup> Esto explica por qué las calificaciones de “negro” y “cabecita negra” estaban ausentes en la escritura pero omnipresentes en la oralidad.

Un caso contrastante que, sin embargo, no ha sido leído de este modo, fue Raúl Scalabrini Ortiz. Este intelectual que provenía de Forja, conmovido, captó y subrayó la heterogeneidad y la describió en 1948.<sup>16</sup> Su poética frase sobre el 17 de octubre, “era el subsuelo de la patria sublevado”, hizo que se olvidaran o pasaran por alto elementos clave de su descripción. ¿Cómo era ese “subsuelo”? “Llegaban cantando y vociferando, unidos en la impetración de un solo nombre: Perón. *Era la muchedumbre más heteróclita que la imaginación pueda concebir*” (Scalabrini Ortiz, 1972: 26; el destacado me pertenece). La idea de heterogeneidad aquí precede a cualquier otra. Y, piensa Scalabrini Ortiz, no se puede concebir o imaginar algo más diverso que esa multitud. Al menos en la Argentina, agregaríamos. Sin embargo, Félix Luna (1971) relata que él y muchos otros colegas pertenecientes al estudiantado universitario no sabían siquiera que ese grupo disímil existía. Por eso, el 17 de octubre modificó el horizonte de la imaginación social y política.

¿Cómo era la heterogeneidad del “subsuelo”? Continúa Scalabrini Ortiz:

Los rastros de sus orígenes se traslucían en sus fisonomías. El descendiente de meridionales europeos, iba junto al rubio de trazos nórdicos y el trigüeño de pelo duro en que la sangre de un indio lejano sobrevivía aún (1972: 26).

Este sería un tríptico básico de las heterogeneidades fisonómicas entre los trabajadores argentinos. Todos los matices desfilaban por las calles: españoles o italianos, a veces de tez oscura pero siempre contrastante con el rubio del norte europeo también presente, y junto a los mestizos venidos desde las provincias del norte argentino.

15 Sonia Álvarez señala que la categoría “migrantes internos” en realidad significaba “aindiados y no blancos” (2017).

16 Aunque la edición del libro *Yrigoyen y Perón* es de 1972, este texto de Scalabrini Ortiz fue publicado originariamente en 1948. Esta diferencia de casi veinticinco años llevó a algunos historiadores a creer que la narración había sido escrita muchísimo tiempo después de los hechos.

E insiste para quien no haya comprendido: era “una multiplicidad casi infinita de gamas y matices humanos, aglutinados por el mismo estremecimiento y el mismo impulso, sostenidos por una misma verdad que una sola palabra traducía: Perón”.

Muchos años después, el antropólogo Hugo Ratier afirmó de manera similar:

No sólo el cabecita hizo el 17. Hubo mucho rubio, mucho hijo de gringo, mucho porteño en sus cansadas columnas. El llamado al antagonismo contra los “negros” fue un recurso más para dividir a la falange proletaria. Recurso que es difícil hallar expresado públicamente. Circulaba más bien por los subterráneos del rumor, del chiste político, vivo siempre en la expresión oral (Ratier, 1971: 33).

Esta falsa homogeneidad puede haber sido elaborada para dividir o estigmatizar, pero también se mitologizó y cristalizó en la concepción de lo “auténticamente nacional”.

### La unificación

¿Cómo es posible que en ese panorama heterogéneo haya surgido una identificación política unificada? En primer lugar, la adhesión de los trabajadores al peronismo tuvo una racionalidad económica y social, ya que la política social de Perón implicaba beneficios muy concretos para ellos (Murmis y Portantiero, 2004). En segundo lugar, la potencia de la interpelación de Perón se relacionaba con “su capacidad para redefinir la noción de ciudadanía” en términos sociales (véase James, 2010: 27). En tercer lugar, en esa sociedad excluyente y jerárquica, el peronismo en 1945 también significaba para los obreros orgullo, respeto y dignidad (James, 2010: 40). En otras palabras, tanto en las políticas sociales como en los discursos y las acciones de Perón se jugó un problema de reconocimiento para amplios sectores de la población, inescindible del acceso a derechos.

Allí donde los trabajadores se percibieron reconocidos por Perón, se sintieron persistentemente negados o excluidos por los antiperonistas. Como hemos señalado, la unificación política de la clase obrera no es producto de una homogeneidad económica, fenotípica o étnica; más bien se generó en circunstancias de intensa heterogeneidad

en todos estos aspectos. En cualquier caso, la unificación identitaria fue no sólo el resultado de la acción de Perón y el Estado, sino sobre todo consecuencia de la ofensiva unificada que amenazaba sus logros. Cuando el heterogéneo bloque del no peronismo devino antiperonismo recalcitrante, las dicotomías trabajadores y patrones, capital e interior, blanco y no blanco, visible e invisible, excluido y respetable adquirieron la potencia de las identidades políticas emergentes.

Por su parte, esa heterogeneidad constitutiva de lo popular, en vez de traducirse en identificaciones políticas distintas, fue englobada en una única identificación que permitía imaginar a todos los trabajadores en oposición a la oligarquía y la patronal. Al condensar estos últimos la categoría de lo antinacional, incluso a los trabajadores extranjeros se los podía reconocer como miembros de la comunidad. En los meses previos al 17 de octubre no hay ninguna escena contundente que cierre la heterogeneidad política de la clase obrera. En cambio, diversos eventos, como el acto de 12 de julio o del 10 de octubre, fueron forjando una unidad.<sup>17</sup> Los debates registrados en las actas de la CGT del 16 de octubre dejan entrever una multiplicidad de opiniones acerca de cuál sería la mejor estrategia a seguir.

Si esa heterogeneidad podía tomarse como fuente potencial de división, Perón vino a representar cierta idea creciente de unidad. Justamente, el odio visceral de los sectores más altos hacia Perón resultaba un dato elocuente para los trabajadores. Aunque los beneficios sociales palpables y el reconocimiento eran poderosos agentes de identificación, sin aquella aversión no se habría producido un movimiento político tan unificado.<sup>18</sup>

17 El 12 de julio fue el acto organizado por los sindicatos en respuesta al Manifiesto del Comercio y la Industria. El 10 de octubre, el acto para despedir a Perón al día siguiente de su renuncia a los cargos.

18 La conceptualización de la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia de Laclau (2005) resulta muy apropiada para analizar estos procesos. Evito, sin embargo, el término "populismo" porque se encuentra tan cargado de supuestos en distintos autores que, a mi juicio, lejos está de ser una cuestión teórica saldada.

## Juegos de alteridad

Los grupos o colectivos humanos, como regla general, son bastante más heterogéneos que el modo en que se los percibe. Esta magnificación se vincula con ciertos modos de ver y de categorizar en situaciones de fuertes tensiones sociales, pues en esos casos se exagera la tendencia de todo grupo a homogeneizar sus alteridades. En realidad, sólo un esfuerzo especial para conocer a esos "otros" puede permitir desarmar prejuicios y comprender complejidades. Por supuesto, ningún esfuerzo de ese tipo sucedió en el auge de las luchas políticas en la Argentina de 1945.

Esto afectaba tanto a los peronistas como a los antiperonistas. Un periodista de *La Época*, el diario peronista, había afirmado que quienes se habían reunido en la Plaza San Martín el 12 de octubre de 1945 eran las "cien familias de la plutocracia". Sin embargo, el hecho de que la Unión Democrática obtendría el 45% de los votos en febrero de 1946 muestra que esa fuerza política expresó algo mucho más complejo y heterogéneo que una élite minúscula.

Así, el peronismo y el antiperonismo se constituyeron mutuamente en estas interpelaciones, aceptaciones o rechazos. A partir del 45 comenzaron a elaborarse nuevas denominaciones en la historia argentina, a la vez que sentidos de términos antiguos fueron mutando paulatinamente. Cabe mencionar expresiones como "grasa", que aludía a una persona de baja condición social, o "grasita" —muy utilizado por Eva Perón en usos coloquiales y afectuosos, por lo general, en referencia a "mis grasitas"—. Por otra parte, después de 1945 aparecieron palabras también prolíficas que los peronistas utilizaban para calificar a los antiperonistas. Una de las más habituales fue "contrera", que refería a los opositores como personas que estaban en contra de todo lo que hiciera el gobierno. Asimismo, se tornó muy habitual el calificativo "cipayo" para hacer referencia al supuesto carácter de "vendepatria" de quien era vituperado. Hacia el final de la década emergió también el perdurable "gorilas".

De todas las interpelaciones a las que recurría el antiperonismo, nos centraremos aquí en tres: "fascistas", "descamisados" y "cabecitas negras". ¿Qué hizo el peronismo con esas estigmatizaciones? A estos tres juegos de alteridad distintos, respondió de manera diferente. El más sencillo, y sobre el cual hemos hecho suficientes referencias, es el término "fascista" o "nazifascista". Originado en una metáfora de los sucesos europeos de la época, su pretensión de literalidad era total.